

CHLOE GONG

**VIL
CAZADOR
DE CORAZÓN**

**Segundo libro de la bilogía
Vil Dama de la Fortuna**

GRANTRAVESÍA

Para Tashie Bhuiyan,
cuya influencia es realmente incomparable

*Si alguna vez —y esa vez podría estar cerca—
observas el poder del amor en una rozagante mejilla,
conocerás entonces las invisibles heridas
de las afiladas flechas del amor.*

William Shakespeare, *Como gustéis*

Prólogo

Noviembre de 1931

La manera más fácil de desaparecer era no desaparecer del todo, mantenerse siempre a punto de ser atrapada, y actuar al instante cuando se percibe algún movimiento. Resulta difícil caer en una trampa cuando eres tú quien prepara el cebo; ser tomada por sorpresa cuando eres tú quien dispone el tablero del juego.

Alisa Montagova se sirvió una taza de té, con los ojos atentos a la puerta del restaurante. La dueña había cerrado los paneles de las ventanas para evitar que entrara el frío. Se mantenían abiertas en los meses más cálidos, y las hojas del bambú que crecía a lo largo de la cornisa proyectaban sus suaves sombras sobre los clientes que se encontraban en reuniones o tomando una copa con sus amantes. Éste era un poblado relativamente pequeño, en algún lugar más o menos al oeste de Shanghái. Lo suficientemente grande para albergar a unos cuantos personajes urbanitas que iban por motivos de negocios aquí y allá —lo que significaba que Alisa no llamaba la atención al deambular por las calles—, pero no tan caótico como para que ella no lograra encontrar un restaurante vacío al final de la tarde, donde estaba sentada en una mesa de una esquina cuando el reloj marcó las cuatro de la tarde.

Alisa era muy buena para desaparecer. Había estado practicando desde que era niña, al acecho en la casa para escuchar a escondidas o metiéndose en rincones ocultos por todo Shanghái. Y aquello fue creciendo hasta convertirse en un desafío personal: recabar los suficientes fragmentos de información de diferentes lugares para luego reunirlos y elaborar los informes correspondientes y sentirse astuta por saber tanto. No era suficiente esperar hasta que las conversaciones comenzaran y luego acercarse furtivamente. Necesitaba ir tres pasos por delante. Ya estaba en el armario antes de que dos primos lejanos discutieran en la cocina, o colgada de las vigas cuando la anciana en el burdel comenzaba a maldecir a gritos a los clientes de las chicas en los cuartos traseros. Sólo entonces Alisa se sintió como en casa en su propia ciudad. Desaparecer, hacerlo bien, significaba participar de su entorno, entender su ritmo y razones, en lugar de esconderse y esperar no ser vista como una intrusa inoportuna. Implicaba moverse de un poblado a otro mientras un escuadrón entero de nacionalistas la buscaba; estaba segura de que ellos nunca estarían lo suficientemente cerca para alcanzarla, porque cada vez podía anticipar con precisión sus llegadas y escabullirse. Ya lo había hecho en dos ocasiones. Y si la nueva unidad se apresuraba ese día, durante la próxima hora tendría lugar una tercera fuga.

—¿Algo para comer hoy, xiǎo gūniáng?

Alisa sopló sobre el té caliente. Era maravilloso sentir la taza de cerámica en sus dedos desnudos, entumecidos después de su paseo. No había usado guantes ni una sola vez en su vida, y no empezaría a usarlos ahora. A sus manos les gustaba ser libres, moverse sin restricciones.

—¿Puede ponerme ese pequeño plato de pepino? —preguntó ella. Agitó unos dedos que golpetearon contra la taza—. ¿Con los bonitos trozos cortados? ¿Y el ajo?

La dueña frunció el ceño, tratando de entender a qué se refería Alisa. Un segundo después, se le iluminó el rostro y giró sobre sus talones.

—Ah. Ya sé cuál es el plato que desea. Estará listo pronto.

—¡Xiè xiè!

Alisa se recostó en el taburete de madera y enroscó los pies en sus patas. En cuanto la dueña desapareció en la cocina, todo el restaurante volvió a quedarse en silencio, salvo por el tintineo de las campanillas de viento que colgaban en la entrada. Había caído una ligera nevada la semana anterior y, aunque ya no quedaba nieve, el frío estacional se había instalado. Esto hacía que los residentes agacharan sus cabezas y bajaran la mirada para mantener sus orejas calientes, mientras se arrastraban de un destino a otro sin prestar mucha atención a su entorno. Esa mañana más temprano, en cuanto el explorador llegó al centro de la ciudad y entró en una librería, Alisa lo vio. En realidad, desde el segundo piso de la casa de té, notó algo fuera de lo normal en su forma de caminar, y, en cuanto él salió, ella saltó fuera de la casa de té y fue a dar una vuelta por la tienda, donde le dijeron que él había preguntado por una chica que coincidía con su propia descripción.

Los nacionalistas eran tan fáciles de burlar cuando operaban de esa manera. Por lo menos, deberían enviar en su busca a la rama encubierta. Pero lo último que Alisa había oído en las transmisiones de radio codificadas era que la rama encubierta de los nacionalistas era un caos: uno de sus agentes había desertado para unirse a los enemigos comunistas, a otro de sus mejores agentes le habían lavado el cerebro, y otro puesto a cobijo después de haber sido expuesto. La situación era difícil. No es que su bando estuviera mejor; no estaba

segura de si ya le habían dado por desaparecida o si los comunistas estaban tan acostumbrados a sus actos de desaparición que confiaban en que ella estuviera haciendo algo.

—Muy bien, aquí tiene. Pāi huángguā. Si no está lo suficientemente picante, dígamelo, ¿de acuerdo?

Los pepinos brillaban por el aceite de sésamo y los trozos de pimienta roja. La dueña puso el cuenco frente a Alisa y se detuvo perpleja cuando la extraña muchacha sacó algo de dinero y lo deslizó dentro del bolsillo de su delantal antes de que pudiera retirarse.

—Sólo quería pagar la cuenta primero —dijo Alisa como si nada. Por si acaso tuviera que salir corriendo a mitad de la comida.

Supuso que Celia no le había denunciado por el frasco que llevaba en el bolsillo. De lo contrario, el superior de Celia ya se habría puesto en contacto con Alisa para exigirle que se lo entregara. Tarde o temprano se filtraría en su propio bando que ella tenía en su poder la última ampolla de un brebaje químico distinto a todo lo que existía en el mundo. Uno que convertía a sus víctimas en supersoldados inmortales que no necesitaban dormir y que se recuperaban de sus heridas en segundos, que eran lo bastante fuertes como para lanzar a un oponente al otro lado de la habitación y podían recibir un balazo en el pecho sin ningún efecto perceptible. Cuando eso ocurriera, esta maniobra de desaparición que ella jugaba para diversión propia tendría que terminar. Necesitaría escapar de ambas facciones —y huir como es debido si enviaban agentes encubiertos tras ella—, porque estaba completamente segura de que no entregaría un arma que podía controlar por completo el rumbo de la guerra civil.

Los ojos de Alisa volvieron a posarse en la entrada del restaurante mientras la dueña regresaba a su lugar, detrás del

mostrador. Comió un trozo de pepino. Al otro lado de la puerta, la calle permanecía en silencio, salvo por el ocasional timbre de una bicicleta que su conductor hacía sonar a su paso para saludar. La primera señal de alarma que Alisa siempre escuchaba eran los gritos de los residentes de los alrededores. Los soldados nunca prestaban atención a las plantas que pateaban ni a los coches que apartaban. Tal vez no era necesario esperar hasta el último momento, cuando ya se estaban acercando, para que Alisa empezara a moverse, pero era divertido minar su moral esperando hasta que la tuvieran al alcance de la mano. Los había saludado la primera vez mientras corría hacia el bosque. La segunda vez, les había sacado la lengua cuando el coche empezaba a alejarse.

Mmm, mmm, mmmm. El pepino estaba realmente bueno.

Las campanillas soplaron por una ráfaga de viento. Alisa tomó otro sorbo de té.

Entonces, sin previo aviso, Jiemin —su antiguo compañero de trabajo y el jefe de la unidad que en ese momento la estaba persiguiendo— entró por la puerta, haciendo un breve inventario del lugar antes de que sus ojos se posaran en Alisa, que estaba en la esquina.

Ella no se levantó.

—Señorita Montagova, me has dado muchos problemas.

Jiemin se sentó a la mesa, dejándose caer en el taburete de al lado como si hubiera sido una reunión planeada. Alisa le acercó el plato de pepino y le ofreció los palillos. El joven no vestía de uniforme, ni tampoco se hacía acompañar de ningún refuerzo. Tanto en su forma de ser como en su atuendo, tenía el mismo aspecto que cada mañana cuando Alisa entraba en su apartamento de Seagreen Press masticando un bollo de carne mientras Jiemin se encontraba absorto en su libro,

sin prestar atención a lo que ocurría fuera de su mostrador de recepción. Sabiendo lo que sabía ahora, Alisa se preguntaba si aquello había sido sólo una parte de una actuación encubierta.

—Os movéis demasiado despacio —replicó Alisa—. Hace más de un mes que empecé a huir con este frasco. Una buena unidad debería acercarse al menos una vez por semana.

En ese mes y poco más, Alisa había estado sinceramente sorprendida de que sólo la estuvieran persiguiendo los nacionalistas. Lady Hong había creado esta arma para los japoneses, pero después de que su hijo Orión se enfrentara a ella y Rosalind destruyera el único lote que había tenido éxito, no hubo noticias en los servicios de inteligencia de que se estuviera fabricando un reemplazo. Los comunistas habían estado vigilando los movimientos de Lady Hong tan de cerca como los nacionalistas: los últimos avistamientos la situaban en la zona de Manchuria, bajo las órdenes de los japoneses. Tal vez le faltaba algún recurso. Tal vez tan sólo estaba preocupada; mientras, con Orión a su lado, sus recuerdos eran borrados para que ella utilizara su fuerza mejorada tanto como quisiera hasta que se crearan más soldados mejor preparados.

—Yo no me estoy moviendo despacio —Jiemin aceptó los palillos y tomó un trozo de pepino—. Lo estoy haciendo a un ritmo perfectamente normal. Es fácil para un solo individuo dejar atrás a toda una unidad con todo el alboroto que hacemos mucho antes de acercarnos.

Alisa frunció el ceño.

—¿Disculpa? Ésta es una tarea difícilmente realizable para cualquier individuo. No es sólo cuestión de números.

Con aire reflexivo, Jiemin devolvió los palillos al lado de Alisa.

—Sin embargo, he conseguido alcanzarte yo solo.

—Y sin embargo, tú solo no puedes llevarme contigo.

La dueña se acercó para llenar la tetera con más agua caliente. Sirvió una taza al recién llegado. Aunque en sus ojos se reflejaba su curiosidad, la mujer no dijo nada antes de retirarse a la parte trasera del local.

—No estoy tratando de llevarte conmigo —dijo Jiemin cuando la dueña desapareció—. Tú ya sabes para qué estoy aquí.

La respuesta de Alisa fue inmediata.

—No lo vas a conseguir.

—Señorita Montagova —instó Jiemin, y bajó la voz—, un arma como ésa no puede viajar libremente. Tal vez creas que estás ayudando a Lang Shalin, pero no vamos a recuperar a Hong Liwen. No podemos mantener esto sólo con la esperanza de que pueda rehabilitarse.

—Así que ya has hablado con Rosalind —Alisa siguió comiendo pepino. No estaba haciendo una pregunta; estaba confirmando que Rosalind debía haberle dicho a Jiemin que quedaba una ampolla. Por lo que Alisa pudo deducir, ésa era la única razón por la que los nacionalistas sabían que debían empezar a perseguirla, mientras otras facciones intentaban ponerse al día con la información.

—No servirá de nada detener a las fuerzas traidoras de Lady Hong si esta ampolla termina en las manos equivocadas —continuó Jiemin, fingiendo no haber oído su comentario.

Alisa golpeó la mesa con los palillos.

—Por lo que a mí respecta —su tono se volvió frío—, las manos nacionalistas también *son* las manos equivocadas.

Jiemin la miró fijamente. Alisa ni siquiera parpadeó. Era casi imposible intimidar a Alisa Montagova cuando tenía la

autoestima por las nubes, y cualquiera que lo intentara sólo perdía el tiempo.

Finalmente, Jiemin fue el primero en desviar la mirada, con el ceño fruncido. Parecía estar meditando algo. Segundos después, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una daga envainada, que le ofreció a Alisa.

—¿Está cubierta de veneno? —preguntó ella, con recelo.

—Es algo que espero que te haga cambiar de opinión. Recuerda, señorita Montagova: vine aquí solo.

Alisa cogió la daga. Le quitó la funda. Aunque el restaurante no estaba iluminado y un frío y apagado tono gris se cernía sobre la tarde, el metal de la hoja relucía con luz propia. Bellamente forjada, con una fina línea surcando el centro antes de que cada lado se estrechara para formar un borde ferozmente afilado. Y en la base...

Alisa pasó su pulgar por el grabado. Un pequeño suspiro de sorpresa escapó de sus labios. Se preguntó si no estaría malinterpretando el único carácter chino grabado en el metal, pero el 蔡 permanecía inmutable por mucho que mirara fijamente su brillante dorado.

Esa arma era una reliquia familiar. Y Jiemin ciertamente no era parte de esa familia.

¿Verdad?

—Dios mío —exclamó Alisa—. Por favor, no me digas que has sido un miembro de la familia Cai todo este tiempo.

Jiemin echó un vistazo a su taza de té. Había relajado el ceño.

—¿Qué? Yo... *no*. Mi apellido es Lin, por si quieres saberlo —apartó la taza, optando por renunciar al viscoso té—. Pero eres consciente de a quién pertenece esa daga, ¿no es así?

Alisa supuso que podía formular una hipótesis bastante sólida. Y supuso que eso significaba que podía imaginar por qué Jiemin se la estaba mostrando. El dueño original de esa daga no era tan ordinario como para exhibirla sin más. No... Jiemin ya la poseía y la estaba exhibiendo para demostrar algo.

Alisa respiró superficialmente y presionó el pulgar contra el grabado. Lo había sospechado, por supuesto. Lo había visto fugazmente en Zhouzhuang aquel fatídico abril; sabía exactamente adónde debía ir si quería confirmar que su hermano y su amante estaban vivos y escondidos. Pero tenía miedo de enterarse de lo contrario —a pesar de saber que Roma era el único que disponía de información para pagar sus facturas todos los meses, a pesar de que Celia y Benedikt a veces se equivocaban al hablar de ellos dos en presente—, y por eso se había mantenido alejada, viviendo en su dichosa esperanza.

Ésta...

Ésta era la primera vez que recibía una verdadera confirmación. Estaban *vivos*.

Alisa volvió a enfundar la daga y parpadeó para contener la emoción que se manifestaba en sus ojos antes de que Jiemin pudiera verla. Más le valía a Jiemin haber considerado las consecuencias de decírselo, o Alisa no lo trataría con amabilidad por ponerles en peligro.

—Voy a decírtelo sólo una vez —declaró Alisa, resoplando—. No importa para quién estés trabajando en secreto, sigues siendo un nacionalista. Incluso si *ellos* confían en ti, yo no voy a permitir que este frasco sirva a los fines de la política —se levantó. Luego, cortésmente, empujó su plato delante de Jiemin—. Me *tragaré* la ampolla de cristal entera antes de

entregártela. Haz que tus facciones me persigan y que la extraigan de mi estómago... ésa será la única manera en que podrás conseguirla. Ahora, por favor, disfruta del resto del huángguā, yo invito.

Alisa se marchó.

—Eh —le llamó Jiemin—. Al menos, devuélveme la daga.

—Ahora es mía —dijo Alisa sin darse la vuelta. La agarró con fuerza en la mano, mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro—. Ve a hablar sobre esto con mi cuñada si no estás de acuerdo.

Salió del restaurante y guardó la daga en su abrigo. Justo cuando el primer copo de nieve le llegó a la nariz como señal de que se avecinaba una nueva tormenta, Alisa partió hacia el siguiente poblado para desaparecer una vez más hasta que la necesitaran.

1

ENERO DE 1932

El hielo había cubierto la ventana de la habitación de Rosalind Lang y dibujaba una extraña forma semejante a un corazón roto, del tipo de dibujo anatómico, con las arterias parcialmente seccionadas extendiéndose por las esquinas. Sin embargo, sus bordes empezaban a derretirse, descongelándose bajo el primer día soleado en mucho tiempo y goteando riachuelos de agua por el vidrio.

Rosalind observaba la calle allá abajo. No sabía cómo esperaban que se marchara sin provocar una catástrofe. Los medios de comunicación habían sido implacables durante semanas, varios de ellos se habían congregado frente a su edificio con la esperanza de ser los primeros en lograr una foto de la Dama de la Fortuna. Desde que le dieron el alta en el hospital y le dijeron que descansara, no había salido de su apartamento ni una sola vez y le había encargado a su casera, Lao Lao, realizar las compras y traer noticias del exterior. No había necesitado descansar. En cuanto le extrajeron las balas, su cuerpo se había curado a una velocidad sobrenatural hasta devolverle su funcionamiento normal. Si por ella hubiera sido, no se habría quedado de brazos cruzados, pero sus superiores le habían advertido muy severamente que debía mantenerse

oculta. Ese día la habían convocado por fin a una reunión en la que discutirían sus próximos pasos. Los periódicos habían develado su identidad en los titulares: Lang Shalin, antigua bailarina del Escarlata convertida en asesina nacionalista; no había fallecido como se había hecho creer en la ciudad, sino que había sembrado el caos y matado a comerciantes a lo largo y ancho de la costa estatal durante cuatro años.

Con la verdadera cara de Fortuna al descubierto, apenas podría continuar sus misiones habituales. Estas semanas había estado dando vueltas alrededor de su habitación sin descanso, trazando planes y luego desechándolos, sabiendo que no podría llevarlos a cabo. Ya había cometido el error de decirle a Jiemin que Alisa tenía la última ampolla de Lady Hong, una muestra de buena fe mientras le rogaba que fuera tras Orión; sin embargo, eso sólo había conseguido enviar a los nacionalistas tras Alisa y nada más. No iba a renunciar al as que le quedaba en la manga.

Puedo ayudarte a recuperarlo.

Encuétrame en Zhouzhuang.

—JM.

La nota yacía arrugada sobre su escritorio. Las palabras apenas eran legibles después de doblar y desdoblar el papel una y otra vez, pero no importaba. Hacía tiempo que había memorizado esas tres líneas; noche tras noche, cuando —en su versión de descanso— miraba las paredes buscando comprender, la nota se le aparecía en su mente a cada parpadeo. Ni siquiera el sueño era una vía de escape, y entre aquellas cuatro paredes Rosalind Lang no tenía otra cosa que hacer que pensar y pensar.

¿Cómo llegaría a Zhouzhuang sin enfrentarse directamente a los nacionalistas? Por frustrada que estuviera, seguían siendo sus jefes, y no podía separarse tan precipitadamente. Además, ¿y si se trataba de una trampa? ¿Y si huía al campo sólo para encontrarse con un callejón sin salida? Ni siquiera sabía qué significaba *JM*. No conocía a nadie con esas iniciales. Una enfermera del hospital había escrito esta nota después de coger el mensaje por teléfono. Cualquiera pudo haber hecho la llamada. Para entonces ya era pública su verdadera identidad. Lo único que cualquiera tenía que hacer era localizar en qué hospital le estaban extrayendo las balas a la Dama de la Fortuna y solicitar que le pasaran el mensaje. Diablos, tal vez sólo era un periodista que quería reunirse con ella para obtener la exclusiva.

Aun así... eso era mejor que nada. Los nacionalistas habían dejado claro que habían renunciado a Orión Hong. *Es una carga. No hay nada que podamos hacer excepto intentar eliminarlo.*

Jiemin se había presentado para darle instrucciones de que se mantuviera quieta, y cuando ya se iba, Rosalind le había gritado: "Es uno de tus mejores agentes". "¿Cómo puedes decirme que no hay absolutamente nada que hacer?".

Él se había detenido en la puerta, sacudiendo la cabeza con tristeza.

"Incluso si —de algún modo— lo alejamos físicamente de su madre, su mente ha sido alterada para seguir todas sus instrucciones. Y si su mente siempre va a estar bajo su influencia, no podemos confiar que él esté de nuestro lado nunca más. Piensa en Hong Liwen como si hubiera muerto en combate. Te resultará más fácil".

Una parte traicionera de ella deseaba que Dao Feng estuviera todavía aquí. Él no le habría dicho que se quedara quieta:

habría formulado un plan para rescatar a Orión. Excepto que su superior había cambiado de bando... o, en realidad, su superior había pertenecido al bando opuesto todo el tiempo. La cuestión de si Dao Feng en verdad se había preocupado por ella o por Orión como sus discípulos era un debate perpetuo.

—Maldito seas —murmuró Rosalind en voz baja. No estaba segura de a quién culpaba. A Dao Feng, tal vez. O al mundo, por haberla puesto en tan incómoda situación.

En la calle de enfrente un coche se detuvo junto a los periodistas y despertó el interés de la multitud. Una chica salió del asiento del acompañante envuelta en una nube de tul rosa, entró en el edificio con su llave y cerró la puerta de golpe antes de que ninguno de los periodistas consiguiera seguirla. Segundos después, se oyó el golpeteo de unos tacones subiendo las escaleras y, a continuación, abrirse la puerta del apartamento.

—Săozi, será mejor que te vistas ya.

Rosalind no estaba vestida.

—No tienes que seguir llamándome así. Te doy permiso para desafiar los términos culturales de parentesco falso y respetuoso y usar mi nombre.

Phoebe Hong apareció en la puerta del dormitorio. Apoyó las manos en las caderas. En marcado contraste con la falta de preparación de Rosalind, Phoebe llevaba un vestido de color rosa con una serie de complejas cintas en la parte delantera; una mancha de color que irrumpía de repente en una escena monocromática. Contempló el panorama frente a ella: Rosalind sentada al borde de su desordenado escritorio, con el pelo cayendo por su espalda y las piernas desnudas, y se acercó de inmediato.

—¿Es ésa la camisa de mi hermano? —preguntó Phoebe.